

una bata cómoda, encerrados los pequeños pies en unas zapatillas, van con paso ligero y mirada penetrante vigilándolo todo, inspeccionándolo todo, corrigiendo suavemente los desórdenes, alabando lo que está bien hecho, dirigiendo las evoluciones de la cocina y del aseo interior, y ordenando las comidas de todo el día, que quizá han de saborear algunos convidados, y hasta el agradable té que se toma en amigable conversación al dulce calor de la chimenea.

A las dos de la tarde, estas mujeres, que no por ser activas é inteligentes dejan de ser bellas y distinguidas, están ya vestidas con esmero, peinadas con gracia, recibiendo, si es un día de recepción, visitando el salón de alguno amiga ó leyendo en su gabinete con tanto sosiego como si nada supiesen de los detalles, siempre hirientes y enojosos, de la vida material; pero siempre precisos, si es que se desea el bienestar y la prosperidad de la familia, que debe ser tan amada.

Es imposible dejar pasar largo tiempo, sin una minuciosa revista, ningún armario ó sitio donde se guarde ropa blanca con abundancia, plata, vajillas, etc., etc..., porque si se tarda en contar, es casi seguro que siempre falte algo

de su contenido; el medio mejor para conservar lo que se tiene es tenerlo por inventario, y cada mes, lo más tarde, contarlo con la lista en la mano, y hacer buscar al instante lo que falte, ó al menos convencerse de quién ha podido extraerlo, lo que es fácil mediante un breve espacio de un recuento á otro, y despedir al criado en quien recaiga la sospecha.

Es un método muy cómodo y que ahorra infinitas dificultades el dar la ropa para el lavado y el planchado por cuenta escrita; el apuntar las compras y el día que se hacen, como la casa en que se hacen para cotejarlas con la calidad, precio y duración de otros proveedores; y, en fin, es preciso procurar el que los gastos sean menores que los ingresos para que la prosperidad de una casa no vaya decreciendo, pues este es el camino seguro de una ruina cierta é irreparable.

Ya ves que como te dije en mi anterior, nada, absolutamente nada, te hablo aun de matrimonio; espero que digas algo del particular, y créeme, estoy con una gran inquietud, porque temo que tu juicio se extravíe, y que aceptes, siquiera sea indirectamente, lo que te parezca más deslumbrador, pero no lo que puede hacerte más dichosa.

Hija mía, yo te suplico no tomes ninguna determinación sin consultar á esta amiga, que ya tiene una larga y dolorosa experiencia de la vida.

FELICIA.

XVII

Madrid, 18...

¡Gracias á Dios que sé á qué atenerme!, tienes dos pretendientes; dos hombres te desean para compañera de su vida, sincera, lealmente, y ya han hablado á tu padre, no sólo para que influya en su favor, sino para que les conceda tu mano.

Tu tía no quiere ya tomar parte en este asunto; desechados dos candidatos suyos por tu buen padre, que hallaba al uno demasiado rico, y al otro demasiado viejo, ya sólo quedan—por ahora—dos aspirantes á tu cariño. Tus extrañas reservas, tus reticencias y la violencia de tu estilo, que hallo como premioso y fatigado, me dicen claramente cuál es el que prefieres, y que tu ánimo, como yo temía, se inclinaba á lo que más brilla, y no á lo que más vale.

Los hombres á cuya clase pertenece el que parece que prefieres, no pueden amar á nadie; se aman sobre todo y ante todo á sí mismos, y después suelen dignarse pensar un poco en los demás.

Su persona les es sagrada; tanto la respetan, la cuidan y velan sobre sí propios; ellos son el *número uno* de la vida, según su elevado concepto.

Si ese hombre llegara á casarse contigo—de cuyo pensamiento se arrepentirá quizá en cuanto vea que no le admiras lo que él desea—, tenías segura, mi pobre Julia, la desdicha de toda tu vida, á cambio de darle tu corazón y tu pensamiento; es decir, lo que una mujer debe emplear bien y dignamente, y no en un fatuo lleno de vanidad.

Ese *otro* de quien tan poco me hablas, es quizá el hombre con quien tu padre y yo deseáramos más verte casada. Ya sé que no posee una figura muy bella, que no es rico, que su posición social no es brillante; á la simple vista, el dandy que puede ofrecerte una corona de marquesa, una figura sin tacha, una fatuidad sin ejemplo, una pingüe renta, un palacio soberbio y una vanidad que se ha hecho proverbial, era un partido á todas luces pre-

ferible; mas aunque pensara en casarse contigo, yo, que te amo, lo rechazaría y daría tu mano al otro pretendiente, segura de que con él serías mucho más dichosa.

Para amar á un hombre como al compañero de la vida, como tú deseas amar, como es preciso amarle para unirse á él para siempre, no basta con que posea las prendas exteriores y las ventajas materiales; necesita estar adornado de las nobles y elevadas cualidades del espíritu; necesita, ante todo, tener un grande y hermoso corazón, ser generoso, sensible, honrado; necesita tener á la vez energía de carácter y sensibilidad profunda; y con estas prendas se hará, no sólo amar, sino también estimar de su mujer.

El marido ha de ser superior á la esposa, porque él es protector natural de aquélla, es el jefe de la familia, es el que debe mandar, aconsejar y decidir en todo.

¿Y te parece á ti que te es superior ese joven superficial y frívolo, que sólo piensa en sus chalecos y corbatas, que pasa el día fumando en el casino, y la noche visitando los palcos de sus elegantes amigos?

¿Podrías hallar en ese hombre un amigo serio y grave?; ¿podrías hallar un compañero

fiel, para hacer el camino de la vida?; ¿podrías estimarle, al ver que sólo se ocupa de los cuidados del tocador?

¡Oh, no, Julia mía! antes quisiera verte coronada de flores, y extendida en tu blanco ataúd, que esposa de un hombre de esos que ven en su mujer sólo un lindo juguete!; ¡porque de las que tienen tales esposos, salen las mujeres extraviadas, las esposas culpables, las malas madres!

¿De qué te serviría llevar la frente ceñida de brillantes, y tener el corazón yerto, vacío ó lleno de culpables deseos?

¿De qué tu suntuoso palacio, si en él no moraban ni la paz ni la felicidad? ¿De qué los espléndidos carruajes, si paseabas en ellos con hastío mortal?

¿De qué las lisonjas de innumerables aduladores, si no tenias un afecto serio y seguro en que apoyarte?

Yo le pido al cielo verte sentada á la puerta de una casita de campo en verano, rodeada de dos ó tres niños, en tanto que tu marido lee y fuma á tu lado, echando de vez en cuando una mirada de felicidad sobre su esposa y sus hijos: deseo verte en el invierno, en una modesta estancia, cosiendo los trajes de tus

niños, en tanto que éstos duermen alderredor tuyo: sí..., porque la dicha no es la riqueza, ni el lujo, ni la ostentación, ni el causar envidia á los otros: la dicha la constituye la feliz medianía, distante lo mismo de la riqueza que de la miseria; la paz interior, el mutuo amor y la reciproca confianza.

Es ya preciso que no te separes del lado de tu padre, y que vayas con él á todas partes, porque desde el instante en que hay un hombre que se dirige á ti, tu sitio es al lado de este dulce y respetable protector.

Si no te disgusta ese *otro*, es probable que dentro de poco tiempo estés casada con uno de los hombres más estimables que conozco: ese día será uno de los más felices de mi vida, y te prometo ir á prender en tus cabellos el velo nupcial, aunque tenga que dejar por unos días á mis niñas.

Mas si no sientes hacia él una viva y verdadera inclinación, no alientes la suya con tus coqueterías: esto sería indigno de ti, y además sería culpable, porque no se debe jugar con un corazón bueno y honrado, y que se te ofrece con lealtad.

Adiós: voy á contestar una larga carta de tu padre, que se refiere á ti: ya sabes que mi ma-

yor deseo es el de tu felicidad, y que te quiere con el alma tu tierna amiga, que te abraza,

FELICIA.

XVIII

Permíteme que empiece riñéndote, según mi costumbre, y no me llames por eso intolerante: llámate tú *incorregible*, y tendrás más razón.

¿Cuándo podrás y querrás sujetar el vuelo de esa imaginación enfermiza y desarreglada? ¿Cuándo verás las cosas tales como son y no tales como las forja tu fantasía? ¿Por qué exigir del cariño de la familia, del afecto de la amistad, del amor mismo, más de lo que pueden darnos?

Feliz me llamé cuando vi que habías olvidado al dandy enamorado de sí mismo, y que sentías alguna simpatía por Eugenio de Montellano: éste es hijo del mejor amigo de mi marido y siempre nos ha distinguido con el más verdadero y tierno cariño. Con un talento más sólido que aficionado á brillar, posee más las prendas del corazón que las del carácter, y es más bien hombre de sentimientos que de impresiones; modesto toda su vida,

enemigo de llamar la atención; pero leal, sincero, generoso con todos, su posición jamás ha pasado de mediana, aunque posea un talento natural aventajado, y una instrucción variada y seria.

Preciso me es hacerte este relato, que tú debías haberme hecho á mí, si te hubieras detenido un poco á examinar el carácter del hombre con quien vas á unir tu suerte por acuerdo recíproco entre tu familia y tú: ¿y cómo es posible que no hayas pensado ya con madurez en las condiciones especiales de Eugenio? ¿Así vas con tanta ligereza á dar el paso más serio de tu vida?

Me quejo aquí de tu falta de reflexión, porque sólo á ella se debe el que te quejes *de lo que no hace Eugenio*: te lamentas de que pasa algunas horas lejos de tu lado, de que se entretiene en conversaciones graves con las demás personas que van á casa de tu padre, de que no te dice las ternezas que tú esperabas, ni se ocupa exclusivamente de ti...

¡Y qué, hija mía! ¿Querías para marido un chichisveo, un ente insubstancial y frívolo? ¿Ó has soñado, acaso, con tener á tu lado un nuevo Marsilla, como el que dió renombre á Teruel con su pasión, siempre muriendo por

ti y renovándose como el pólipo para volver á morir incesantemente?

Eso no puede ser: hay hombres más dados que otros á las manifestaciones exteriores, y hay algunos que sólo saben sentir, expresando poco lo que sienten; á estos pertenece Eugenio. ¿Crees tú que podrá cambiar su carácter, por más que hagas y que digas? No: á lo más que alcanzarás será á violentarle, y la violencia, créelo, dura poco y hace odiosa á la persona que la impone.

Sé para él indulgente, afectuosa y buena; porque si llega á temer tu carácter, odiará el lazo que le va á unir á ti, y si le forma para no faltar á su palabra, será quizá á pesar suyo; piensa en lo horrible de esta situación para entrambos.

Bien sé yo que hay muchas mujeres á las que sus maridos temen; mas ¡qué deplorable imperio es ese! El amor huye llorando y cubriéndose el rostro con sus alas, porque el temor no puede vivir al lado suyo: imposible amar á una mujer dominante, imperiosa, exigente y colérica.

Casi nunca se halla en el matrimonio la conformidad de caracteres, y si existiere una igualdad perfecta, acaso resultaría de ella una

monotonía insufrible, cuando se ve, por el contrario, que del contraste resulta muchas veces una perfecta armonía; mas para esto, fuerza es que cada uno ponga de su parte y que soporte con paciencia las contrariedades que el otro le impone.

Y no te lisonjees de alcanzar tan dichosa suerte, Julia mía; el hallar un marido que ceda á todo como tú, no es cosa fácil; y es lo natural el que seas tú la que ceda siempre y la que se violente. Esta es la misión y el destino de la mujer; quererlo eludir, conduce á la desgracia.

No obligues, pues, á tu marido á que se ocupe constantemente de ti, ni aun ahora que el papel de amada te da muchos derechos, que perderás con el de esposa, si no sabes conservarlos; aun ahora que él desea merecerte, no le muestres el lado obscuro de tu carácter; no seas exigente; déjale que se ocupe de otras cosas, deja al amor vivir libre, porque toda llama aprisionada da menos luz y menos calor.

Si él es meditabundo, ¿cómo le quieres volver superficial? Si es callado, ¿cómo le harás hablador?

Lo importante es que te ame, y déjale las

formas que quiera elegir: lo importante es que á tu lado se halle mejor que en ninguna parte, que contigo halle la dicha, que tu pensamiento se halle acorde con el suyo, y que las armonías del espíritu os unan poco á poco, porque este es el lazo indisoluble que hace eterno al amor.

Poco á poco irá acercándose más á ti; sin que él lo sepa, tú te apoderarás de todas sus aspiraciones, porque sólo siendo un malvado puede un hombre no amar profundamente al ser que le quiere, le respeta y le hace dichosa y bella la vida.

La pasión es súbita como el volcán; el amor eterno y perdurable, crece y se robustece, y aunque nació niño, se vuelve gigante invencible, si le nutren con esmero la indulgencia y la virtud de la mujer.

FELICIA.

FIN DE LA PARTE PRIMERA